EN BUSCA DE LA POLITICA

Bauman, Zygmunt, *En busca de la política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2001, 218 pp.

La premisa del libro *En busca de la política*, de Zygmunt Bauman, es que el incremento de la libertad individual puede coincidir con el incremento de la impotencia colectiva, ya que los puentes entre la vida privada y la vida pública están desmantelados o, según el autor, ni siquiera fueron contruidos alguna vez, ya que no existe una forma fácil ni obvia de traducir las preocupaciones privadas en temas públicos o, inversamente, de discernir en las preocupaciones privadas temas de preocupación pública.

La sociabilidad, entendida como la búsqueda de un terreno sólido donde anclar un objetivo visible para todos hacia el cual converger, flota a la deriva, por lo

que nuestro deseo de asociación tiende a liberarse en explosiones aisladas y de corta vida. El problema de todas estas ocasiones de sentimientos colectivos eventuales, es que se agotan rápidamente, ya que una vez que retornamos a nuestras ocupaciones cotidianas, las cosas vuelven, inalteradas, al mismo sitio donde estaban. Cuando la llamarada de la solidaridad se extingue, los solitarios se despiertan tan solos como antes.

A esto se agrega que también Zygmunt Bauman considera que los políticos actuales son impotentes, generalmente no tienen un programa claro y definido y su único objetivo es llegar al poder o permanecer en él. Esto es así en gran medida porque el liberalismo de hoy se reduce al simple credo de que no hay alternativa, lo que a su vez promueve la creciente apatía política. Esta política premia y promueve el conformismo. De ahí que el autor se pregunte ¿para qué necesitamos la política, para conformarnos? ¿Por qué molestarnos si los políticos de cualquier tendencia no pueden prometernos nada, salvo lo mismo? Estas son las dos principales

preguntas que el autor trata de dar respuesta en su libro, y que abordaremos en esta reseña.

Lo que se señala con un gran énfasis es que precisamente la búsqueda de la política consiste en alentar los espacios públicos. Sin embargo, se toma en consideración que la sociedad no puede hacer felices a sus individuos, ya que todos los intentos o promesas históricas de hacerlo han generado más desdichas que felicidad. Pero una buena sociedad puede y debe hacer libres a sus miembros, y eso implica primordialmente la capacidad de influir sobre las circunstancias de su propia vida, formular el significado del bien común y hacer que las instituciones sociales cumplan con ese significado.

Los individuos no pueden ser libres si no son libres de instituir una sociedad que promueva y proteja esa libertad. Para ello se requiere una reorientación del espacio político, donde para el autor se reúnen lo público y lo privado, donde no sólo se realiza la selección de las opciones disponibles, sino también donde se examina, cuestiona y renegocia el espectro de elección.

Pero para que ese espacio

político, que el autor denomina como el ágora, sea adecuado para los individuos enmarcados en un entorno social determinado, es necesario detener, simultáneamente, su privatización y su despolitización. Es necesario vincular más lo privado con lo público y retomar el interrumpido discurso del bien común, para que éste sea factible y valga la pena luchar por él.

Los actuales “movimientos sociales” suelen ser generalmente particulares o privados, no siempre con fines políticos y en busca del bien común. Tal es el caso de los movimientos ecologistas, feministas, pacifistas, regionalistas y vecinales, los cuales están muy lejos de haber logrado el bosquejo de un programa de transformación social con el mismo grado de coherencia y amplitud que caracterizaba a los movimientos sociopolíticos anteriores.

Para el autor, la democracia liberal es la forma de gobierno que históricamente ha demostrado tener una mejor mediación entre los intereses individuales y los intereses grupales. La concibe como el intento más serio por mantener la efectividad del Estado político

como guardián de la paz y como mediador entre intereses grupales e individuales, conservando al mismo tiempo la libertad de grupos e individuos para que puedan elegir la forma de vida que desean. Durante casi todo el curso de la historia y en todas partes del globo, estos dos propósitos han estado en conflicto. Reconciliarlos es casi una proeza, aun en las mejores circunstancias. Pero en lo que a circunstancias se refiere, la democracia liberal trata de proporcionar al Estado, a los individuos y a los grupos que éstos forman, las mejores circunstancias que existan dentro de las mejores que puedan concebirse.

La meta de la democracia liberal no es tan sólo lograr una clase de sociedad que le permita al

Estado manejar sus asuntos y la clase de Estado que le permita a la sociedad manejar los suyos, sino también lograr una clase de sociedad capaz de ocuparse de que los asuntos del Estado sean manejados correctamente y una clase de Estado capaz de defender a la sociedad de los excesos a los que puede conducirla el manejo de los asuntos sociales.

La democracia liberal pretende preservar simultáneamente la libertad de actuación del Estado, los individuos y sus asociaciones, convirtiendo la libertad de cada uno de ellos en condición necesaria de la libertad de los otros.

Rosendo Bolívar Meza